Crisis y luchas a escala europea:

internacionalismo y ecologismo social frente al capitalismo verde militar*

Pedro Ramiro

La mayoría de la izquierda institucional ha pasado, en tan solo una década, de caracterizar a la Unión Europea como el principal agente de la dictadura de los mercados a considerarla poco menos que como la principal tabla de salvación frente al avance de la extrema derecha. En el Estado español, tras el *crash* financiero global y el estallido del 15M, los «hombres de negro» aparecían como el enemigo a batir por sus políticas de austeridad, contrarreformas neoliberales, imposiciones de la Troika, rescate de los bancos y recortes sociales. Ahora, nueve años después de que la UE aplastara a Grecia tras la victoria del no en el referéndum sobre el pago de la deuda, la cuestión europea prácticamente ha desaparecido de los análisis y de los debates de la izquierda. Incluso, para buena parte de las posiciones vinculadas a lo que hace no tanto se llamó «nueva política», que llegaron a participar en aquel momento del impulso destituyente a escala europea, la Unión encarna hoy una suerte de *nuevo progresismo*. Pacto Verde Europeo, fondos Next Generation, transición energética y digital, reindustrialización e intervención en la economía para recuperar soberanía son, en esta línea, los puntos fuertes de un neokeynesianismo europeo con el que se pretendería plantar cara al auge de la extrema derecha.

El caso es que los ejes fundamentales sobre los que se articulan las políticas fundamentales de la UE, de Draghi a Lagarde y de Juncker a Von der Leyen, desde las políticas de expansión cuantitativa hasta las emisiones de deuda

*Este texto surge a partir de debates y trabajos previos con Juan Hernández Zubizarreta y Erika González.

mutualizada, apenas se han movido de sitio. Lo que sí se ha modificado, entre la caída de Lehman Brothers y la guerra de Ucrania, es todo el espectro de la discusión política. Ante una coyuntura cada vez más desplazada hacia la (extrema) derecha, acompañada de la frustración e impotencia heredadas de la conclusión fallida del ciclo anterior,[1] las izquierdas parecen enjauladas en la lógica del mal menor. ¿Qué cambios se han dado en el seno de la Unión Europea para que haya podido producirse esta mutación de la percepción social? ¿Cuál ha sido la evolución del discurso y las prácticas de los movimientos para llegar hasta aquí? ¿No hay otra opción que elegir entre capitalismo verde y extrema derecha? Y, sobre todo, ¿es posible reactivar las luchas a nivel europeo y refundar un nuevo internacionalismo que confronte el avance del neofascismo?

El declive del proyecto europeo se inserta en las tensiones estructurales de la larga crisis capitalista que estalla en 2008 y atraviesa la pandemia y la guerra. Las contradicciones del capitalismo global ante la imposibilidad de dar inicio a un nuevo ciclo prolongado de crecimiento y acumulación, en el marco de un exceso de capacidad productiva y de extralimitación biofísica, han sido bien estudiadas a lo largo de los últimos años.[2] En este texto, partiendo del principio señalado por Harvey de que «la forma de salir de una crisis contiene en sí misma las raíces de la siguiente»,[3] no se centra el foco tanto en las raíces profundas de la crisis europea como en los intentos de solución capitalista que se están implementando para tratar de resolverla. Estos vienen a situar a los movimientos, más allá de las lógicas gubernamentales, ante la necesidad de replantear las estrategias y formas de intervención en los conflictos ecosociales por venir.

Capitalismo verde militar

La pandemia y la guerra han terminado de reventar las costuras de la Unión Europea. La interrupción de las cadenas globales de valor y los cortes del suministro de energía y materiales han evidenciado las debilidades del metabolismo económico europeo. En medio de las crecientes tensiones geopolíticas y la aceleración de la emergencia climática, la UE se ha revelado como una potencia en declive, una región absolutamente dependiente de los recursos provenientes del exterior que solo puede mantener las ganancias de las clases dominantes con el continuo rescate de sus Estados miembros. En este marco, la salida de la crisis, entendiendo esta como una huida hacia delante del capitalismo, pasa por aumentar el gasto militar, blindar las fronteras e intensificar las transacciones comerciales con otros territorios.

---

[1] Emmanuel Rodríguez, «La izquierda pos15M: pilar de la Restauración», *Cuadernos de Estrategia*, núm. 1, 2023.

[2] Para una actualización de las discusiones en torno al rol del Estado y el poder político en la era del capitalismo financiarizado, véase: VV. AA, *Sobre el capitalismo político. El nuevo debate Brenner*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2024.

[3] David Harvey, *Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2014, p. 12.

Tras la recesión provocada por el covid-19, la recuperación de la economía se articuló sobre la base de una inyección masiva de fondos públicos y la readaptación empresarial a la transición energética y la digitalización. Sin embargo, la invasión de Ucrania y la guerra en la frontera oriental de la UE tuvieron, después, como resultado el refuerzo del control migratorio y la apuesta por las políticas europeas de defensa. Del mismo modo que los fondos Next Generation fueron el principal instrumento de la UE para la recuperación capitalista tras la pandemia, el programa Global Gateway aparece como su elemento distintivo a la hora de salir de la crisis tras la guerra de Ucrania.[4] Como ha señalado el nuevo representante de la OTAN para la frontera sur de Europa, se trata de «una estrategia que incluye desde la cooperación al desarrollo a medidas socio-económicas y también militares». La Unión pretende así avanzar en la externalización de fronteras y en la apertura de mercados a las transnacionales europeas.[5] El capitalismo verde y digital, presentado como modelo para la transición pospandémica, ha devenido de este modo en *capitalismo verde militar*.[6]

El refuerzo de la triada militarización-fronteras-extractivismo ha pasado a dirigir las políticas europeas, que se despliegan internacionalmente a través de un renovado *pack* normativo con el que la UE trata de resituarse en el (des)concierto global. Junto al incremento de los presupuestos militares, la reindustrialización a través de la fabricación de armamento y el blindaje de la Europa fortaleza a través de la subcontratación del control fronterizo a terceros países, la Unión Europea ha rediseñado sus instrumentos de *soft power* para proyectarse a nivel global.

Las materias primas fundamentales para el desarrollo de coches eléctricos, energías renovables, baterías, dispositivos móviles, tecnología aeroespacial y armamento están, en su gran mayoría, distribuidas en territorios ajenos a la Unión. A pesar de la aceleración de la crisis ecológica, con la emergencia climática y la pérdida de biodiversidad como principales exponentes de los efectos de un modelo basado en la lógica de crecimiento y acumulación, las propuestas del capitalismo verde pasan por redoblar la apuesta extractivista para blindar el suministro de energía y materiales. Sobre la perspectiva de que la única salida económica posible es insistir en el «crecimiento sostenible» y la «competitividad responsable», eufemismos actualizados del *business as usual*, la Unión Europea ha priorizado de nuevo la garantía de los dividendos empresariales sobre la justicia social y ambiental.

---

[4] Pedro Ramiro y Erika González, «Global Gateway: alianzas público-privadas para el control de fronteras y el extractivismo neocolonial», *Viento Sur*, núm. 193, 2024.

[5] Miguel González, entrevista a Javier Colomina: «La guerra de Ucrania acabará, pero la amenaza del Sahel seguirá ahí», *El País*, 11 de agosto de 2024.

[6] Se utilizan aquí indistintamente los términos *capitalismo verde militar* y *capitalismo verde oliva* para definir el proceso de recomposición capitalista actual en torno a dos cuestiones fundamentales que remiten al color que ha caracterizado históricamente la indumentaria del ejército: la transición energética (verde) y el régimen de guerra (militar).

El reposicionamiento de la Unión Europea en el mundo se despliega sobre la base de tres ejes fundamentales. Primero, la doctrina del *shock* militar, con la que se aumentan los presupuestos para la guerra y se reactiva la industria de armamento. Segundo, un reforzamiento de las fronteras (exteriores e interiores) de la Unión, con el que se niega el derecho a tener derechos a las personas migrantes que quieren vivir en Europa. Por último, una ofensiva extractivista neocolonial, que a través de acuerdos de comercio e inversión trata de capturar en otras regiones los minerales imprescindibles para que la UE pueda avanzar en la transición al capitalismo verde oliva y digital.[7]

Estos tres pilares operan de manera coordinada y se refuerzan mutuamente. La militarización se conecta con el control de fronteras a través de la calificación de la migración como «amenaza híbrida» —certificada en la cumbre de la OTAN en Madrid— y de instrumentos como Frontex, cuyo presupuesto aumentó un 55 % entre 2019 y 2022.[8] La deriva militarista, a su vez, se relaciona con la ofensiva extractivista: la inclusión del titanio y el aluminio en el listado de materias primas estratégicas de la UE responde básicamente a las presiones de los *lobbies* de la aeronáutica y la fabricación de armamento.[9] Por su parte, el macro programa de colaboración público-privada Global Gateway combina el eje comercial con el migratorio en muchos acuerdos ya firmados: especialmente en África, donde la Unión ha destinado 150.000 millones de euros a proyectos en 32 países.

El elemento diferenciador de la Unión, en comparación con el resto de potencias que tienen planes similares como China con su nueva Ruta de la Seda, es la supuesta imagen democrática y de respeto ambiental. Este plus europeo queda, sin embargo, en evidencia al revisar el tipo de iniciativas en cartera. En América Latina, región en la que la UE ha anunciado una inversión de 45.000 millones, el 80 % de los proyectos del Global Gateway se concentra en las infraestructuras energéticas, donde las compañías europeas tienen un mayor potencial de ampliación de mercados, y en la cadena de suministro de materias primas fundamentales como el litio, clave en la expansión de los megaproyectos extractivos.

Nueva prosperidad, nueva crisis

Todos los planteamientos oficiales de la Unión Europea, desde la transformación de la matriz energética hasta el reordenamiento de las relaciones

[7] Para un análisis pormenorizado de los principales instrumentos comerciales impulsados por la UE en los últimos años, con Chile y Mercosur como casos de estudio, véase el informe: Juan Hernández Zubizarreta y Pedro Ramiro, *La Unión Europea y el capitalismo verde militar: materias primas y acuerdos comerciales para el extractivismo neocolonial*, Ecologistas en Acción y OMAL, 2024.

[8] Ainhoa Ruiz Benedicto, María Fraile Moreno y Sani Ladan, *¿Quién vigila al vigilante? Violencia en las fronteras e impunidad en Frontex*, Centre Delàs e Irídia, 2024.

[9] Olivier Petitjean y Lora Verheecke, *Blood on the Green Deal. How the EU is boosting the mining and defence industries in the name of climate action*, Corporate Europe Observatory (CEO) y Observatoire des Multinationals, 2023.

internacionales, se vertebran en torno a un mismo punto: la recuperación de la senda de crecimiento económico. Con ella vendría aparentemente una *nueva prosperidad*, según la denominó el presidente del gobierno español en el Foro de Davos, en la que se pretende «conjugar el crecimiento económico con la sostenibilidad medioambiental». Para eso se reclama el compromiso de las grandes empresas, de las *big tech* a las transnacionales del IBEX 35, porque resultan «esenciales para el crecimiento y bienestar de un país».[10] A partir de la idea de que «crecer dentro de los límites planetarios es un imperativo moral y científico», se quiere lograr que los habitantes de Europa seamos «más prósperos, sanos y competitivos».[11]

Las referencias de Pedro Sánchez a que la UE es «el tejido productivo más sostenible que existe» se reiteran para tratar de darle la vuelta al hecho de que, precisamente, es la propia sostenibilidad del proyecto europeo la que ahora está en cuestión. A nivel económico, por el estancamiento, la inflación y el endeudamiento. A nivel social, por la extensión de la desigualdad y el empobrecimiento. A nivel ambiental, por la degradación de los ecosistemas y la necesidad de continuar con el saqueo de otros territorios para sostener la lógica de acumulación.[12]

La crisis del proyecto europeo es una crisis del modelo de desarrollo, marcada por la nula perspectiva de establecer una onda larga de crecimiento económico para las próximas décadas, pero es también una crisis política, social y cultural. La coexistencia pacífica entre capitalismo avanzado y democracia liberal, rota ya desde los años setenta con el auge de la financiarización y los ajustes neoliberales para reflotar los beneficios de los grandes propietarios, se ha vuelto definitivamente imposible en el capitaloceno. Lo ha reconocido Draghi en el prólogo de su informe sobre el futuro de la UE: «Si Europa no consigue ser más productiva, nos veremos obligados a elegir. No podremos convertirnos, a la vez, en líder de las nuevas tecnologías, faro de la responsabilidad climática y actor independiente en la escena mundial. No podremos financiar nuestro modelo social. Tendremos que reducir algunas de nuestras

[10] «Pedro Sánchez llama a las empresas a mejorar el poder adquisitivo de los trabajadores y a defender la democracia», *La Moncloa*, 17 de enero de 2024.

[11] En estos términos hizo referencia Pedro Sánchez, a finales de diciembre de 2023, a los logros del gobierno español al frente del Consejo de la UE; para más información, véase: Juan Hernández Zubizarreta y Pedro Ramiro, «¿Para qué ha servido la presidencia española de la UE?», *El Salto*, 28 de enero de 2024.

[12] En la última década se ha producido una extensa bibliografía sobre la insostenibilidad del capitalismo derivada de sus propias contradicciones. Entre otras muchas publicaciones, pueden citarse trabajos como: Wolfgang Streeck, *¿Cómo terminará el capitalismo?*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2017; Ramón Fernández Durán y Luis González Reyes, *En la espiral de la energía*, Madrid, Libros en Acción y Baladre, 2ª edición, 2018; Fernando Prats, Yayo Herrero y Alicia Torrego, *La gran encrucijada. Sobre la crisis ecosocial y el cambio de ciclo histórico*, Madrid, Libros en Acción, 2016; Corsino Vela, *Capitalismo terminal. Anotaciones a la sociedad implosiva*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2018.

ambiciones, si no todas».[13] Dicho de otro modo: crecimiento, descarbonización y derechos humanos, al mismo tiempo, no van a ser posibles. Es lo que de hecho ya está ocurriendo, ahora certificado por escrito por el artífice de la anterior *salida de la crisis*.

La *desmaterialización de la economía*, mito fundamental del capitalismo verde y digital, se basa en externalizar los impactos socioecológicos mediante la deslocalización de los procesos más contaminantes con altos consumos de energía y materiales.[14] Bajo las promesas de la transformación del modelo productivo, la aceleración de la transición energética y el cumplimiento de los planes de descarbonización, más allá de la retórica que vincula el crecimiento sostenible con la transición ecológica, se trata de asegurar por todos los medios el sostenimiento del metabolismo económico europeo. La decisión de multiplicar la apuesta extractivista y neocolonial es el penúltimo intento de promover una solución capitalista a la crisis multidimensional, garantizando los objetivos de negocio sin tener en cuenta sus consecuencias sobre las personas y los ecosistemas, y sin modificar los mecanismos habituales de extracción de riqueza, así como tampoco las relaciones de propiedad.[15]

Con el avance imparable de la emergencia socioecológica, la Unión Europea ha querido hacer valer mundialmente su papel de guardián verde de la globalización. Cuando la crisis climática se ha convertido en *mainstream*, la UE ha adoptado parte de los postulados del ecologismo institucional con dos objetivos fundamentales: por un lado, impulsar la transición de los grandes negocios empresariales hacia nuevos nichos de negocio verdes y digitales; por otro, responder a los movimientos de justicia climática que se volvieron muy relevantes justo antes de la pandemia. En ese contexto se inscriben la centralidad discursiva de las cuestiones ecológicas en la agenda estratégica de la UE y su concreción en el Pacto Verde Europeo, promulgado en 2019.

La posibilidad de desplegar este gigantesco programa de *greenwashing*, con el que se trataba de garantizar el *business as usual* al tiempo que se desarrollaba la adaptación empresarial a los nuevos modelos de negocio relacionados con la transición energética, encalló en Ucrania. No solo la guerra y los cortes de suministro del gas ruso agrandaron la clásica brecha entre el discurso y la realidad de la UE, mostrando las inconsistencias de un capitalismo verde que para su expansión requiere incrementar la lógica de acumulación por desposesión, expulsión y necropolítica, sino que el Green New Deal se diluyó para dar paso a la economía de guerra. Lo que quedaba de los *valores europeos* fue sepultado con el genocidio en Gaza.

---

[13] Mario Draghi, *The future of European competitiveness*, Comisión Europea, 2024.

[14] Para una revisión completa de los mitos asociados al modelo global de producción y consumo, así como de sus efectos sistémicos, puede consultarse: Ecologistas en Acción, *Caminar sobre el abismo de los límites. Políticas ante la crisis ecológica, social y económica*, 2019.

[15] Isidro López y Rubén Martinez, *La solución verde, Crisis, Green New Deal y relaciones de propiedad capitalista*, IDRA, 2021.

En medio de la crisis sistémica, jalonada con crecientes tensiones geopolíticas a nivel global, la guerra se ha convertido en un eje central sobre el cual se está recomponiendo el capitalismo. La ampliación de la frontera extractiva no ha remitido en el marco del capitalismo verde oliva y digital; al contrario, está tratando de expandirse sectorial y geográficamente, tanto en las periferias (sobre todo) como también en los centros del sistema.[16] En este marco, los derechos humanos y los derechos colectivos, incluyendo al medio natural en su conjunto, se ven sometidos a la regla de la oferta y la demanda. El derecho a la propiedad privada y a la especulación se sitúa en el vértice de la jerarquía normativa, mientras la desigualdad se consolida como el elemento central de la *arquitectura jurídica de la impunidad*.

Los dueños de las grandes empresas, así como los fondos de inversión transnacionales, se han lanzado a la destrucción de cualquier derecho que impida la expansión a escala global de la dictadura de la ganancia. La incapacidad del capitalismo para reproducirse sin un marco de abundancia y bajos precios del trabajo, los alimentos, la energía y las materias primas —esos «cuatro baratos» fundamentales a los que se refiere Jason Moore—[17] resulta evidente en el contexto actual. Hoy, el capitalismo se enfrenta a un momento más que crítico: la destrucción de derechos se conecta con el hecho de que las élites tienen serias dificultades para mantener sus tasas de ganancia y acumulación, y es ahí donde se extreman sus prácticas contra los derechos humanos.

La situación de inestabilidad permanente, consecuencia de la ruptura de los consensos de las sociedades de clases medias, ha tratado de ser resuelta temporalmente con algunos mecanismos de estabilización relativos a las clases medias europeas, blancas y propietarias. Al mismo tiempo, el Estado de derecho y el imperio de la ley han girado sobre sí mismos para dar lugar a un cierre autoritario en el marco de un *necrocapitalismo* cada vez más generalizado. Atrapadas en el foso del estancamiento económico, sin visos de encontrar soluciones de mercado de largo recorrido, las democracias liberales se desplazan hacia el estado de excepción permanente.

Seguridad y competitividad

Resueltas las elecciones europeas de junio de 2024, mientras los grandes medios centraban sus análisis en el reparto de los *top jobs* en la Comisión, el Consejo y el Parlamento europeos, la UE actualizó su agenda estratégica. «Examinaremos todas nuestras políticas desde el punto de vista de la seguridad», dejó claro Ursula von der Leyen desde el principio de su segundo mandato al

[16] Una caracterización más amplia de este fenómeno se desarrolla en Gonzalo Fernández, Erika González, Juan Hernández y Pedro Ramiro, *Megaproyectos: claves de análisis y resistencia en el capitalismo verde y digital*, OMAL, 2022.
[17] Jason W. Moore, *El capitalismo en la trama de la vida. Ecología y acumulación de capital*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2020.

frente de la Comisión.[18] Con este nuevo giro en las prioridades de la Unión, se confirma la primacía de las nociones de seguridad, defensa y competitividad por encima de cualquier otra consideración vinculada a la transformación socioecológica. Sobre estos tres pilares se va a articular la estrategia de la UE para los próximos cinco años, instalando la tríada del capitalismo verde militar en el núcleo decisivo de las políticas europeas. Los del *business*, en consonancia con la historia del proyecto de la Unión desde su fundación, aparecen ya descarnadamente como los únicos valores europeos realmente existentes.

Junto a la retórica europeísta centrada en ideas fuerza como soberanía, resiliencia y autonomía estratégica, las políticas crecientemente autoritarias de los Estados europeos emplean la lógica securitaria como base de cualquier fundamentación económica, política o social. Otorgando toda la centralidad a la represión, la clase político-empresarial califica a ciertos colectivos y conductas como amenazas a la seguridad, tanto a través del discurso como de las prácticas cotidianas.[19] Esta constituye una doctrina disciplinante, que criminaliza la protesta por toda Europa —es lo que hemos visto últimamente con las manifestaciones en defensa del pueblo palestino, de Alemania a Reino Unido, además de en lo que se refiere a la persecución de los colectivos ecologistas que han tratado de cortocircuitar los mecanismos de reproducción del capital—, al tiempo que prepara el terreno para volverse contra la población migrante.

La noción de *seguridad*, en línea con la renovada agenda estratégica europea, se ensancha más allá del enemigo externo (Rusia) e interno (personas migrantes). Lo primero ha servido para justificar la profundización acelerada de la deriva militarista, aumentando los gastos en defensa e inyectando fondos a los fabricantes de armamento. Lo segundo, para reforzar el blindaje de la Europa fortaleza, hacia fuera y hacia dentro de las fronteras de la Unión. Pero hay otra derivada de este concepto polisémico, que tiene que ver con la seguridad en el suministro de energía y materiales, más aún tras la guerra de Ucrania.[20] Citando de nuevo a Draghi: «La seguridad es una condición previa para el crecimiento sostenible. El aumento de los riesgos geopolíticos puede incrementar la incertidumbre y frenar la inversión, mientras que las grandes conmociones geopolíticas o las

---

[18] Ursula von der Leyen, *Europe's choice. Political guidelines for the next European Commission 2024–2029*, Estrasburgo, 18 de julio de 2024.

[19] «La elasticidad de la idea de inseguridad provoca que cualquier malestar pueda ser nombrado como inseguridad y que, consecuentemente, cualquier manifestación que suponga una alteración material y simbólica de un determinado orden incorporado como "natural" o legítimo entre en la categoría de delincuencia». Véase Sergio García, Ignacio Mendiola, Débora Ávila, Laurent Bonelli, José Ángel Brandariz, Cristina Fernández y Manuel Maroto, *Metropolice. Seguridad y policía en la ciudad neoliberal*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2021, p. 39.

[20] «Debe darse la misma prioridad a la seguridad económica, que es donde residen los mayores retos pero también las mayores oportunidades para la UE durante esta década». Véase Oficina Nacional de Prospectiva y Estrategia, *Resilient 2030. A future-oriented approach to reinforce the EU's Open Strategic Autonomy and Global Leadership*, Gobierno de España, 2023.

interrupciones repentinas del comercio pueden ser extremadamente perturbadoras. A medida que se desvanece la era de la estabilidad geopolítica, aumenta el riesgo de que el aumento de la inseguridad se convierta en una amenaza para el crecimiento y la libertad».

En su informe, el expresidente del Banco Central Europeo llama la atención sobre varias cuestiones geopolíticas centrales para la Unión Europea. Primero, destaca el declive de la era dorada del comercio mundial articulado sobre la base de reglas multilaterales. Segundo, analiza el fin del suministro de energía fósil abundante y barata. Y tercero, considera la necesidad de incrementar los presupuestos militares cuando las elecciones en Estados Unidos pueden volver a alterar el panorama global.[21] El «*whatever it takes*» de la década pasada —«lo que haga falta» para bajar la prima de riesgo y salvar la moneda única— se transforma ahora en la reclamación de una inversión anual de 800.000 millones de euros en energía, defensa y seguridad. El capitalismo verde oliva y digital se propone como la solución de la ecuación capitalista que pretende recuperar productividad y crecimiento, y para eso se intensifican las dinámicas de militarización, securitización y expolio.

La Unión Europea está tratando de conservar su posición en un momento declinante de su poder histórico. Para ello, está tratando de robustecer sus políticas de defensa, migración y comercio mediante una extensa producción normativa. A partir de la guerra de Ucrania, con una mirada de largo recorrido que atiende a la protección de las rutas comerciales y los intereses (de negocio) europeos por todo el mundo, la UE ha diseñado un plan de reactivación de la industria regional vía militarización.[22] Además, ha endurecido aún más el control migratorio con la aprobación del Pacto Europeo de Migración y Asilo, al tiempo que ha dado impulso a nuevos acuerdos para la externalización de las fronteras. En este aspecto no ha habido empacho por parte de los gobiernos progresistas para caminar de la mano con los líderes europeos de extrema derecha.

En el tercer vértice del triángulo se sitúan las políticas para la aceleración del extractivismo. Con el fin de asegurar el acceso a las materias primas esenciales para el desarrollo del capitalismo verde militar, la UE ha intensificado la oleada de tratados de comercio e inversión, los memorándum de

[21] «Necesitamos desarrollar una auténtica "política exterior económica" —o, como se la denomina ahora, una "estrategia económica internacional"— que coordine los acuerdos comerciales preferenciales y la inversión directa con los países ricos en recursos, la constitución de reservas en áreas críticas específicas y la creación de asociaciones industriales para asegurar las cadenas de suministro de tecnologías», afirmó Draghi en el monasterio de Yuste, con motivo de la entrega del premio europeo Carlos V: Mario Draghi, «Una estrategia industrial para Europa», *El Grand Continent*, 14 de junio de 2024.

[22] Comisión Europea, *Una nueva Estrategia Industrial de Defensa Europea: lograr la preparación en materia de defensa de la UE a través de una industria de defensa europea resiliente y con capacidad de respuesta*, Bruselas, 5 de marzo de 2024.

asociación estratégica —hasta doce acuerdos de este tipo han sido firmados en apenas un año y medio—, los partenariados público-privados y toda una estrategia de acción internacional enmarcada en el Global Gateway. El reglamento de materias primas fundamentales, cerrado con un procedimiento exprés en menos de un año, es muy claro al definir su objetivo: se trata de impulsar «un marco que garantice el suministro internacionalmente competitivo, seguro, resistente y sostenible de materias primas fundamentales para la UE».[23] En este contexto, se plantean dos cuestiones clave para garantizar la base material de los negocios verdes y digitales: por un lado, controlar el acceso a su explotación y sus reservas; por otro, ampliar la frontera extractiva a nivel global para incrementar todo lo posible la oferta de recursos minerales.

Rescate permanente

La clave de bóveda de la salida europea de la crisis, en la década anterior, fue la adopción de políticas de *austeridad*. Consistió, como es conocido, en tirar del mismo guión que orientó las reformas neoliberales en la UE durante los últimos cuarenta años: flexibilización, privatización, mercantilización, socialización de pérdidas empresariales, contracción del gasto social. Y así la deuda, como en tantas otras crisis precedentes en las regiones periféricas, se volvió una forma de gobierno.[24] «No debemos, no pagamos» fue el lema de los movimientos que exigían auditorías ciudadanas y se manifestaban frente al pago de la deuda ilegítima, que justamente en sentido contrario terminó adquiriendo rango constitucional.

Los años inmediatamente posteriores al *crash* global trajeron a Europa el volteo del sistema de partidos y el auge de los estallidos sociales, al alimón de las primaveras árabes. Del 15M a la rebelión de los chalecos amarillos, del colapso de casi toda la socialdemocracia europea al gobierno de Syriza en Grecia, en buena parte del continente se reprodujeron las movilizaciones para enfrentar las imposiciones de las instituciones financieras.[25] Cada experiencia tuvo sus propias características y recorrido —hasta llegar en la provincia España al «gobierno más progresista de la historia»—, pero cuando llegó la pandemia y se produjo la ruptura de las cadenas globales de valor y el frenazo de la economía mundial, la respuesta de los grandes poderes económico-financieros cambió el paso. En un giro de la Unión sobre sí misma, las políticas monetarias expansivas y el endeudamiento masivo aparecieron

[23] Parlamento Europeo y Consejo de la UE, *Reglamento por el que se establece un marco para garantizar un suministro seguro y sostenible de materias primas fundamentales*, 11 de abril de 2024.

[24] David Graeber, *En deuda. Una historia alternativa de la economía*, Barcelona, Ariel, 2021.

[25] Para una caracterización de ambos fenómenos pueden verse, por ejemplo: Emmanuel Rodríguez, *La política en el ocaso de la clase media. El ciclo 15M-Podemos*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2016; Stathis Kouvelakis, «La insurgencia francesa. La economía política de los "*gilets jaunes*"», *New Left Review*, núm. 116/117, 2019.

como los vectores clave para una salida neokeynesiana de la crisis que prometía «no dejar a nadie atrás».

Los techos de gasto y las limitaciones al déficit público, que habían sido intocables en la década anterior y operaron como una camisa de fuerza para doblegar a los «gobiernos del cambio», se dejaron en *standby*. La inyección masiva de fondos públicos al sector privado, que ya había tenido lugar en la década de 2010 con los programas de compra de deuda del BCE, se reactivó a toda máquina mediante las subvenciones de costes laborales y el despliegue de un amplio abanico de mecanismos estatales de rescate.[26] Al principio, los recortes sociales se aplazaron, para aplicarse en diferido bajo formas de condicionalidad aparentemente *light,* caso de querer optar a los fondos europeos.[27] Las nuevas reglas fiscales, resultado de la reforma del Pacto de Estabilidad y Crecimiento, fueron finalmente aprobadas este año… pero aún no han entrado en vigor. El ajuste estructural, la recuperación de las políticas austeritarias en formatos renovados, sobrevuela los pasillos de las instituciones europeas; el miedo a sus posibles consecuencias, visto lo visto, también.

Hasta la fecha, aprendiendo de sus propios errores, las potencias europeas han tratado de cargar masivamente los costes de la crisis no tanto sobre los hombros de las mayorías sociales —que han seguido sufriendo procesos de devaluación salarial y extracción de rentas— como sobre los presupuestos públicos (vía deuda). La subida de los tipos de interés, no en vano, ha supuesto el rescate invisible de la banca. Mientras se continuaba con el discurso oficial de la *no-austeridad*, el incremento de los precios del dinero y la inflación se han convertido en la forma de repercutir los costes de la crisis sobre las poblaciones, a mayor gloria de los grandes propietarios. En los dos últimos años los seis grandes bancos españoles han ganado 52.193 millones de euros; con el impuesto extraordinario sobre márgenes y comisiones, en este mismo periodo, apenas han pagado 1.109,8 millones (el 4,2 % de sus beneficios).[28]

Para impulsar la «recuperación, transformación y resiliencia» del *european model*, los Estados centrales han asumido la posición de mando en el sostenimiento de la economía, pilotando la transición hacia los nuevos nichos de negocio verdes y digitales de la mano del capital transnacional. Los fondos Next Generation han sido la punta de lanza de un extenso paquete de subvenciones públicas destinadas al rescate de las grandes empresas.[29] En el caso

[26] Erika González, y Pedro Ramiro, «El Estado-empresa español en el capitalismo verde», *La Pública*, núm. 1, 2022.

[27] Manu Robles-Arangiz Fundazioa, «Reforma del marco de gobernanza económica europeo: vuelven las políticas de austeridad», *Estudios*, núm. 47, 2023.

[28] Yago Álvarez, «Los seis grandes bancos españoles han ganado 52.000 millones desde que empezaron a subir los tipos de interés», *El Salto*, 31 de julio de 2024.

[29] Sobre los fondos europeos, pueden consultarse los informes: Nicola Scherer, Erika González y Nuria Blázquez, *Guía NextGenerationEU: más sombras que luces*, ODG, OMAL y Ecologistas en Acción, 2021; Erika González y Pedro Ramiro, *Análisis de los fondos Next Generation EU: objetivos, desarrollo e impactos sobre los ecosistemas y los derechos humanos*, OMAL, 2022.

español, se trata de 140.000 millones de euros movilizados desde el sector público —mitad ayudas reembolsables, mitad préstamos condicionados—, que se han configurado como una potente inyección dirigida a sostener las cuentas de resultados de las grandes corporaciones. Las empresas españolas han recibido así el 47 % del presupuesto destinado a amortiguar los impactos de la crisis; si se suman las ayudas indirectas, la cifra asciende hasta el 68 % de la financiación pública.[30] Hoy de nuevo, como hace treinta años, «se concede toda la prioridad al capital privado como eje de la recuperación económica».[31]

Parecería que el neoliberalismo hizo *crack* y que estuviéramos ante un retorno de la preeminencia del poder político sobre el poder económico, cuando la realidad es que los Estados centrales siempre han entrelazado sus intereses con los de las grandes corporaciones. Aquí y ahora, en la prolongada crisis estructural del capitalismo global, los aparatos estatales aparecen como la única posibilidad de salvación para el capital transnacional. El Estado, además de para seguir reforzando la arquitectura jurídica de la impunidad, se ha vuelto imprescindible para que no se venga abajo todo el andamiaje económico-financiero.

«Estamos ante un conflicto frontal entre las grandes corporaciones y los Estados», dijo Allende en su famoso discurso ante la asamblea general de Naciones Unidas en 1972. Cincuenta años después del golpe de Estado en Chile, ni está ni se espera un conflicto entre Estados y empresas por la soberanía; en todo este tiempo, se ha perfeccionado el desarrollo de un Estado-empresa funcional a los intereses de los principales propietarios. Sabemos que ahora las corporaciones transnacionales manejan volúmenes de negocio muy superiores a los presupuestos públicos, reescriben las normativas que protegen su seguridad jurídica, centralizan la producción de noticias, relatos e imaginarios. No es que manejen todos los hilos en la sombra —eso queda para las interpretaciones conspiranoicas del Foro de Davos y el Club Bilderberg—,[32] pero sigue siendo cierto que su intervención en las amplias esferas privatizadas de nuestras vidas no se corresponde con la percepción social de sus posiciones de poder. El conflicto frontal entre los Estados y esas «organizaciones globales que no responden ni están fiscalizadas por ningún parlamento, por ninguna institución representativa del interés colectivo», que hasta la imposición de la hegemonía neoliberal vino a reproducirse en diferentes partes del globo, fue resuelto en favor del capital transnacional a partir del asalto a La Moneda. Pero el Estado no desapareció para dar paso a

[30] Sebastian Franco, Olivier Petitjean, Nicola Scherer, Erika González y David Felix, *Negocios por encima de las personas: un análisis crítico de la financiación pública ante la crisis*, ODG, Observatoire des multinationales, GRESEA y OMAL, 2024.
[31] Miren Etxezarreta, «La economía política del proceso de acumulación», en M. Etxezarreta (coord.), *La reestructuración del capitalismo en España, 1970-1990*, Barcelona, Icaria y FUHEM, 1991, pp. 31-92.
[32] Noel Ceballos, *El pensamiento conspiranoico*, Barcelona, Arpa, 2021.

un mundo sin reglas. «El Chile de Pinochet y los de Chicago no fue un Estado capitalista con un mercado libre de trabas, sino un Estado corporativista», ha escrito Naomi Klein: «Una alianza de apoyo mutuo en la que un Estado policial y las grandes empresas unieron fuerzas para lanzar una guerra total contra los trabajadores».[33]

No es que desde entonces los Estados nación hayan dejado de enfrentarse a las multinacionales, es que han resultado esenciales para asfaltar la autopista por la que las grandes corporaciones han conducido su expansión global. Siguiendo a Slobodian, «el proyecto neoliberal estaba centrado en diseñar instituciones que, en vez de liberar los mercados, los aprisionaran, para que vacunaran al capitalismo contra la amenaza de la democracia, que reordenaran el mundo tras el fin del imperialismo como un espacio de Estados rivales en el que las fronteras juegan un papel necesario».[34] No puede analizarse la posición de dominio de las empresas transnacionales en todos los sectores estratégicos en la actualidad sin atender a la evolución del rol del Estado.

Los Estados de origen han construido la pista de despegue para que se produzca la internacionalización de las empresas con sede en su territorio. Los Estados de destino han pavimentado la pista de aterrizaje para acelerar la llegada de inversiones extranjeras a través de la liberalización comercial y las privatizaciones de las compañías estatales. Y las instituciones económico-financieras internacionales han engrasado todo ese proceso con sus planes de ajuste, tratados comerciales y préstamos condicionados. La soberanía, el supuesto derecho de un país a decidir qué hacer con sus recursos naturales y su política económica, hace tiempo que no reside en los parlamentos nacionales. Si la dependencia centro-periferia y la inserción en las cadenas globales de valor ya eran decisivas en 1973, hoy resultan imposibles de romper sin la conformación de alianzas regionales y bloques de poder alternativos. Lo vemos con el capitalismo verde militar, de Ucrania a Níger, buscando garantizar el suministro de energía y materiales por encima de cualquier contemplación sobre la democracia.

Gobernar la crisis

La pregunta fundamental, pospuesta (por el momento) la austeridad como botón nuclear para la resolución de la crisis económica ante el riesgo de estallidos sociales —no hay más que ver cómo los gobiernos se echaron atrás después de anunciar nuevos peajes en las carreteras o la eliminación de subvenciones al transporte público—, es sobre quiénes (más) se van a hacer recaer los costes de la crisis. Y es que el auge de la islamofobia y el racismo en Europa, más allá del eslogan «que viene la extrema derecha», con el que

[33] Naomi Klein, *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*, Barcelona, Paidós, 2007, pp. 121-122.
[34] Quinn Slobodian, *Globalistas. El fin de los imperios y el nacimiento del neoliberalismo*, Madrid, Capitán Swing, 2021, p. 14.

en las últimas campañas electorales ha tratado de difuminarse el hecho de que tanto progresistas como conservadores han llevado a cabo las mismas políticas en materia de defensa y migraciones, representa el actual intento de recomposición capitalista mediante un desplazamiento hacia abajo de las responsabilidades. Se trata aquí, por tanto, de anticipar la posibilidad de que puedan prender discursos xenófobos y pogromos racistas como los que tuvieron lugar en Reino Unido en el verano de 2024.

La tríada militarización-fronteras-extractivismo, enfocada especialmente hacia la acción exterior en el marco de la readaptación geopolítica de la UE, tiene derivadas inmediatas en la política interior: criminalización del derecho a la protesta, profundización de la lógica belicista en la resolución de conflictos, privilegio de los derechos de propiedad, extensión de las *zonas de sacrificio*.[35] La Unión Europea se vuelve un territorio fortificado y militarizado que todavía garantiza ciertos derechos —cada vez más menguantes en el marco de los procesos de privatización y desmontaje del Estado social—, si bien únicamente a la ciudadanía que dispone de pasaporte europeo y cierto estatus económico. Gobernar la crisis, al estilo de la Inglaterra de los años setenta, pasa entonces por establecer un contexto político, mediático y jurídico propicio para certificar el establecimiento de distintos derechos en función de distintas categorías de personas. Una vez afianzados socialmente los *pánicos morales*, «en un movimiento de pinza automático e inmediato, la presión moral popular desde abajo y el empuje de la restricción y el control desde arriba se producen juntos».[36]

Los valores de la civilización occidental siempre se han construido sobre la violencia, la dominación y el saqueo; ahora, la *excepcionalidad colonial* se vuelve norma[37] también en territorio europeo, aún con notables diferencias de forma o grado entre las regiones periféricas y centrales. La militarización social y el blindaje de fronteras abonan este paradigma, liderado por las extremas derechas hasta permear todo el arco político que va de Marlaska a Macron. El presidente Sánchez, en su viaje de finales de verano a Mauritania, Gambia y Senegal para cerrar acuerdos de migración circular y cooperación público-privada —eufemismos para fortalecer el control de la ruta canaria y la ampliación de los negocios de las grandes empresas españolas, todo ello en el marco del Global Gateway—, da por asumido que «es imprescindible el retorno de quienes llegan a España irregularmente».[38] En Alemania, tras

[35] Rossana Reguillo, *Necromáquina. Cuando morir no es suficiente*, Barcelona, Ned Ediciones, 2021.

[36] Stuart Hall, Chas Critcher, Tony Jefferson, John Clark y Brian Roberts, *Gobernar la crisis. Los atracos, el Estado y «la ley y el orden»*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2023, p. 404.

[37] «Las colonias son el lugar por excelencia en el que los controles y las garantías del orden judicial pueden ser suspendidos, donde la violencia del estado de excepción supuestamente opera al servicio de la 'civilización'», ha escrito Achille Mbembe, *Necropolítica*, Madrid, Melusina, 2011, p. 39.

[38] Gabriela Sánchez y José Enrique Monrosi, «Sánchez endurece su discurso contra la inmigración irregular y estrecha la cooperación con los países de origen», *El Diario*, 30 de agosto de 2024.

la victoria de la extrema derecha en las elecciones en los estados de Sajonia y Turingia, el gobierno federal de socialistas, verdes y liberales ha decidido saltarse el Tratado de Schengen y fortificar sus fronteras. En Francia, donde el nuevo ministro del Interior ha prometido «restablecer el orden» en «calles y fronteras», lo llaman *lepenización de los espíritus*.[39] En España, el «problema de la inmigración» ha ascendido rápidamente hasta la primera posición en las preocupaciones declaradas por la población.

En el caso español, la extrema derecha no tiene un proyecto alternativo a la Unión Europea. Su única apuesta, en realidad, pasa por reforzar el cierre autoritario.[40] Sus discursos críticos con el globalismo y la multiculturalidad, revestidos de menciones encendidas contra los «burócratas de Bruselas» y las «élites de Davos», al final no entran nunca en colisión con los consensos fundamentales del capitalismo europeo.[41] Sus reivindicaciones de mayor soberanía se traducen en subvencionar las industrias fósiles y dejar intactos los privilegios de las oligarquías nacionales. Sus apelaciones a los obreros y a las clases populares contradicen su subordinación a los intereses patronales y la extracción social de sus propias filas. Lejos del Brexit o de demandas proteccionistas, su mayor exigencia al reposicionamiento geoestratégico de la Unión Europea, en la práctica, vendría a ser que se produjera todavía con más fuerza.

Del otro lado de la teatralización parlamentaria, el curso 2024-2025 ha comenzado con el PSOE poniendo las políticas de vivienda en el centro de sus discursos para tratar de hegemonizar en torno a sí todo el campo de la izquierda institucional. «Que la vivienda sea un derecho de todos y no el negocio de unos pocos», ha anunciado el gobierno auto-enmendando su relato habitual sobre los bienes de mercado.[42] Reindustrialización, fiscalidad progresiva, ampliación del parque público de vivienda, reequilibrio de la relación turistas-residentes, reducción de la jornada laboral, lucha contra la desigualdad, fomento de la paz… En un contraataque a campo abierto frente a las movilizaciones sociales de los últimos tiempos, que

[39] Esta idea se basa en que «se genera una restricción al concepto de pertenencia "nacional" o "europea" que ataca directamente al concepto de protección jurídica por la pertenencia a la comunidad, la cual abre la puerta a la exclusión legal y sienta las bases programáticas de la xenofobia política del siglo XXI», como ha descrito Miguel Urbán, *Trumpismos. Neoliberales y autoritarios*, Barcelona, Verso, 2024, p. 98.

[40] Nuria Alabao y Pablo Carmona, «No hay proyecto alternativo para la crisis europea», *CTXT*, núm. 310, 2024.

[41] «Una observación atenta de los programas económicos —que las guerras culturales relegan a un segundo plano— permite desmontar con eficacia el discurso nacional-populista, apartar la hojarasca pseudosocialista para revelar su neoliberalismo duro», afirman Àngel Ferrero e Ivan Gordillo, *El programa económico antisocial de la nueva derecha europea*, GUE/NGL, 2021.

[42] «Pedro Sánchez avanza las seis prioridades de la acción de su Gobierno: "Competitividad, dignidad laboral, Estado del bienestar, vivienda, igualdad y paz"», *La Moncloa*, 4 de septiembre de 2024.

van desde los movimientos de vivienda a las manifestaciones a favor de Palestina pasando por las protestas contra la turistificación, las grandes prioridades (formales) del gobierno para los próximos meses se revisten ahora de una honda preocupación social; a pesar de estar alineadas con las prioridades estratégicas establecidas por la Comisión Europea más derechizada de la historia.

El rescate permanente impulsado por el Estado-empresa garantiza, a corto plazo, un escenario de cierta paz social. Sin poner en cuestión los intereses de los grandes propietarios y asegurando en todo momento los márgenes empresariales, el gobierno ha comprado tiempo por medio de un amplio abanico de resortes estatales: fondos europeos, apoyo a la economía productiva vía PERTE, ofertas de empleo público, revisión salarial del funcionariado, reducción del IVA, subvenciones a la gasolina y al transporte público, ingreso mínimo vital, bono social eléctrico, garantía de suministro de energía y agua a población vulnerable, etc. La flexibilización del sistema de pensiones para compatibilizar jubilación y empleo, el cambio del periodo de cómputo para el cálculo de la pensión o el blindaje de la indemnización por despido aparecen, en esta coyuntura, si acaso como los elementos pragmáticos necesarios para la recepción de los siguientes tramos de los Next Generation. Y, como ha sucedido con todo el proceso de elaboración y concesión de los fondos europeos, prácticamente no han recibido contestación de la izquierda parlamentaria.

Las perspectivas de los movimientos, por otra parte, se han imbuido en buena medida de esta lógica del *mal menor*. La frustración por el cierre del ciclo 15M-Podemos, tan lejos de las expectativas generadas en su momento con el «asalto institucional», ha devenido en una suerte de impotencia social que es incapaz de quebrar los marcos neoliberales (progresistas o reaccionarios) establecidos como consenso dominante. En el Estado español, y en tan solo una década, hemos pasado de aspirar a derribar el régimen del 78 a situarnos en una posición netamente defensiva basada en discernir entre el menor de los males posibles.[43] La imaginación política, en el plano europeo, apenas si logra escapar de esta disyuntiva: ¿capitalismo verde o extrema derecha?

Ecologismo, internacionalismo

Es un lugar común que, efectivamente, se ha producido un desplazamiento hacia la derecha de todo el marco político post 15M. Así se constata, para empezar, con los temas sobre los que se han articulado las agendas de los movimientos. No es solo que se haya volatilizado el cuestionamiento estratégico del proyecto europeo, sino que el propio internacionalismo se ha ausentado de la acción colectiva. Las dos décadas precedentes al *crash* global mostraron

[43] Brais Fernández, «La fallida "revolución pasiva" española», *Cuadernos de Estrategia*, núm. 1, 2023.

un potente despliegue de las luchas a escala europea: de las plataformas contra la Europa del capital y la guerra (Yugoslavia, Kosovo, Irak) a las movilizaciones contra el Tratado de Maastricht y la Constitución Europea, del movimiento antiglobalización a las diferentes ediciones del Foro Social Europeo. Pero a partir del disciplinamiento de Grecia en 2015, con la excepción de las manifestaciones por la justicia climática, se produjo un repliegue hacia los marcos locales, nacionales y estatales. Y sin una reactivación de las luchas sociales a nivel internacional, con un terreno de juego económico tan transnacionalizado, no podrán afianzarse alternativas socioecológicas viables.

Al mismo tiempo, se ha producido una cierta moderación de las prácticas movimentistas. De un repertorio de acciones que habitualmente solía incluir la desobediencia civil, la acción directa no violenta y la confrontación radical con la institucionalidad, proveniente de una tradición que entronca con el antimilitarismo, el movimiento antiglobalización y las revueltas en las plazas, se ha pasado a un modo de intervención que privilegia sobre todo las demandas al Estado. Puede decirse, en términos generales, que las continuas reclamaciones estadocéntricas (alegaciones jurídicas, trabajo de *lobby* en los ministerios, redacción de enmiendas y propuestas normativas) han pasado a ocupar el carril central de las reivindicaciones de muchos movimientos y organizaciones sociales. Frente a los gobiernos progresistas, las prácticas rupturistas se han atenuado. Y los resultados de la incidencia institucional, dicho sea de paso, han sido bastante magros.

En el capitalismo verde oliva y digital, la transición energética —en sentido amplio, la *transición ecológica*— ha devenido en justificación desde arriba para reforzar el sistema de dominación. La evolución del contexto global y de la emergencia climática ha llevado a que, en la Unión Europea, el ecologismo se haya transformado en ideología de gobierno. Frente al ecologismo de los pobres del que habla Martínez Alier para caracterizar las resistencias populares a los conflictos asociados a la expansión global de los megaproyectos,[44] nos situamos ahora ante el *ecologismo de los ricos*:[45] Blackrock, Ana Botín, Pedro Sánchez, la Comisión Europea y los grandes poderes económico-financieros tratando de convertir la crisis socioecológica en oportunidades de negocio, dejando fuera a todas aquellas personas que no son funcionales para la lógica de valorización del capital. Los debates sobre las oportunidades en torno al Green New Deal ilustran esta tendencia: el capitalismo verde, forzado por la crisis climática y la adaptación de los negocios empresariales, aparece como la única opción pragmática frente a la extrema derecha negacionista y fósil.

Todos los conflictos fundamentales de nuestro tiempo (agua, alimentación, energía, transporte, vivienda) son ecosociales, y en el marco de la crisis sistémica no es posible un arreglo capital-naturaleza. Las consecuencias de la crisis multidimensional que nos atraviesa van a tener un claro sesgo de

[44] Joan Martínez Alier, *El ecologismo de los pobres. Conflictos ambientales y lenguajes de valoración*, Barcelona, Icaria, 6ª edición, 2021.
[45] Rubén Martínez, «El nuevo ecologismo de los ricos (I)», *Crític*, 3 de marzo de 2023.

clase: los costes del cambio climático, las necesidades de agua y alimentación, la traducción del capitalismo verde y digital en reformas ambientales, las pagarán sobre todo las clases populares, vía segregación y zonificación, represión frente a las contradicciones sistémicas, destrucción de derechos, acaparamiento de riqueza y recursos. En este contexto, en los conflictos ecosociales por venir, el ecologismo social tiene que confrontar radicalmente con los vectores centrales del proceso de acumulación capitalista —incluyendo a los Estados que les sirven de soporte— o corre el riesgo de ser demonizado.

El nombramiento de Teresa Ribera al frente de la vicepresidencia de la Comisión Europea, alineándose con las posiciones dominantes en el seno de la UE,[46] termina de consolidar la actual hegemonía progresista sobre las posiciones de la izquierda institucional. Abrazar la lógica del mal menor y celebrar su puesto como comisaria de Transición y Competencia contribuye a identificar al ecologismo con posiciones de gobierno. Y eso puede hacer que, cuando estallen conflictos ecosociales, sea muy difícil desligarse de sus medidas antisociales, que usarán la transición ecológica como excusa para el ajuste verde militar. Frente a la extrema derecha, sin negar las dificultades de la actual correlación de fuerzas, se trata de salir de la esquina del tablero en donde nos arrincona la lógica del mal menor para dejar atrás el repliegue y jugar a la ofensiva.

Si hoy es difícil fiar todo el trabajo político y de transformación radical a unos movimientos sociales y unos espacios de contrapoder disminuidos y ciertamente desmovilizados, más lo es delegar en un Estado crecientemente autoritario y sometido a la lógica del poder corporativo. El gran desafío actual está en fortalecer los procesos de autoorganización desde la base, por fuera del Estado, sin renunciar a disputarle ciertos espacios. Construir experiencias, compartir vidas y afectos desde los que tejer alternativas a la telaraña del neofascismo global. Construir agendas propias y fomentar las prácticas rupturistas. Abandonar la lógica de sectorialización y parcialización de las luchas. Fortalecer alianzas amplias con organizaciones sociales, políticas y sindicales. Apostar por un nuevo internacionalismo ecoterritorial,[47] pegado a las redes comunitarias y comprometido con el sabotaje de la lógica de guerra; compuesto por un sujeto diverso, enraizado en las luchas populares y que mire más allá de las fronteras del Estado nación como único marco posible de acción política.

---

[46] «Quiero contribuir a la construcción del sueño europeo y la respuesta a los desafíos actuales de conformidad con la propuesta presentada por Ursula von der Leyen», ha remarcado Ribera. La nueva Comisión Europea incluye comisarías con competencias en defensa, migraciones y Global Gateway.

[47] «El internacionalismo ecoterritorial es una práctica social y una forma de articulación transnacional entre experiencias vinculadas por el impacto de los conflictos socioambientales y por la construcción de alternativas territoriales concretas», sostienen Breno Bringel y Sabrina Fernandes, «Hacia un nuevo internacionalismo ecoterritorial», en Miriam Lang, Breno Bringel y Mary Ann Manahan (eds.), *Más allá del colonialismo verde: justicia global y geopolítica de las transiciones ecosociales*, Buenos Aires, CLACSO, 2023.

Abrir paso a otras formas de organizar la economía y la vida en sociedad no pasa por el neokeynesianismo, ni por confiar en la buena voluntad de los propietarios de las grandes fortunas. Lejos del «diálogo social» y de los acuerdos interclasistas, se trata más bien de rearticular espacios globales, nacionales y locales donde confrontar la hegemonía de las élites político-empresariales, donde las mayorías sociales se transformen en nuevas formas de organización popular. El conflicto central de nuestro tiempo ya no se da entre los Estados y las grandes corporaciones; estos han demostrado ir de la mano a lo largo del último medio siglo y ahora redoblan la ofensiva capitalista por traspasar las penúltimas fronteras en busca de nichos de rentabilidad. El balance de la expansión global del poder corporativo deja un largo reguero de desastres ecológicos, desplazamientos forzados, destrucción de territorios y múltiples violaciones de los derechos humanos, y los Estados no pueden ser el único principio y fin del derecho internacional.[48] Como ha dicho Angela Davis, «que este periodo también nos inspire para tener diferentes formas de imaginar el futuro fuera del marco del Estado nación, con su ejército y toda su policía y sus diversas formas de violencia».[49]

Conjugar ecologismo y lucha de clases, siguiendo esta línea, pasa por aprovechar la potencia real de los movimientos que defienden sus territorios contra el avance de la depredación capitalista. Entendiendo que, como vimos en las marchas y bloqueos de los agricultores europeos que tuvieron lugar a principios de 2024 —o también en el caso de las plataformas ibéricas contra la expansión de megaproyectos de energías renovables—, van a producirse movilizaciones heterogéneas que combinarán posiciones reaccionarias y rupturistas, pero en las que, en cualquier caso, será fundamental intervenir.[50] De las resistencias frente a las macrogranjas a las movilizaciones contra la turistificación, de la oposición a los megaproyectos minero-energéticos a los movimientos por una vivienda digna, de los *levantamientos de la tierra* al bloqueo de las infraestructuras que sostienen el capitalismo verde militar, de la pelea por los servicios públicos a la federación de luchas ecofeministas, antimilitaristas y antirracistas, de lo que se trata, al fin y al cabo, es de impugnar

[48] «El derecho internacional no es ni verdaderamente internacional ni genuinamente derecho. Como fuerza ideológica presente en el mundo al servicio de la superpotencia y sus aliados es un formidable instrumento de poder». Perry Anderson, «¿Derecho internacional?», *New Left Review*, núm. 143, 2023.

[49] Frank Barat, entrevista a Angela Davis: «Palestina representa para esta generación lo que Sudáfrica representaba para las anteriores», *El Salto*, 5 de febrero de 2024.

[50] Frente a la visión de que las movilizaciones agrarias de comienzos de este año fueron impulsadas principalmente por la extrema derecha, «en las protestas agrícolas se han esbozado también otros elementos de crítica al actual modelo agroalimentario que pueden ser compartidos, como el señalamiento del papel de las grandes cadenas de distribución. Existe además un malestar de fondo y una preocupación por la defensa de un mundo rural vivo que conecta con diferentes sensibilidades, entre ellas la ecologista», han señalado Helios Escalante y Adrián Almazán, «Protestas agrícolas y ecologismo: la urgencia de una alianza (im)posible», *Zona de Estrategia*, 27 de mayo de 2024.

el modelo impulsando nuevas formas de articulación social. El horizonte del ecologismo social, como aprendimos con Ramón Fernández Durán, es «una nueva práctica política que tienda a transformar la ingobernabilidad en antagonismo, criticando las posturas reformistas que nos hacen creer que es posible la reforma del sistema desde dentro».[51]

Los pueblos, las comunidades y los movimientos sociales han de convertirse en sujetos, no meros objetos de derecho, reconstruyendo formas de acción colectiva que trasciendan la visión clásica del Estado. El marco internacional de derechos humanos, adoptado al terminar la Segunda Guerra Mundial y hoy en curso de liquidación, requiere una completa reconfiguración desde abajo.[52] Ante la necropolítica de la Unión Europea, se hace necesario retomar la conformación de alianzas a escala transnacional. Frente al avance del enfoque privatizador en la cooperación internacional, se vuelve estratégico repensar y reconstruir un nuevo internacionalismo que enfrente el engranaje jurídico, político y empresarial de esta huida hacia adelante del capitalismo en crisis permanente. Aunque haya podido encontrarse en un momento de repliegue, sigue siendo clave —como lo ha demostrado este año el movimiento global contra el genocidio en Palestina— una solidaridad internacionalista que articule las comunidades en lucha y los pueblos en resistencia para enfrentar el orden capitalista, heteropatriarcal, colonial y ecocida. La única salida justa de la crisis será con las personas y los colectivos que defienden sus territorios frente al poder corporativo, fortaleciendo propuestas alternativas y redes contrahegemónicas transnacionales que exijan y hagan efectivos los derechos de las mayorías sociales.

[51] Ramón Fernández Durán, *La explosión del desorden*, 3ª edición, Madrid, Fundamentos, 1996, p. 25.
[52] Juan Hernández Zubizarreta y Pedro Ramiro, «75 años después, ¿dónde están los derechos humanos?», *CTXT*, núm. 297, 2023.